

# TUCÍDIDES

DONALD KAGAN

# TUCÍDIDES

Cronista, guerrero, historiador

Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Thucydides*  
*The reinvention of History*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Mapas de Jeffrey L. Ward

Primera edición: mayo de 2014

© Donal Kagan, 2009

All rights reserved including the right of reproduction  
in whole or in part in any form

This edition published by arrangement with Viking  
a member of Penguin Group (USA) Inc.

© de la traducción: Carlos Valdés, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C  
C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-2583-6

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 6263-2014

Impreso en España

# Índice

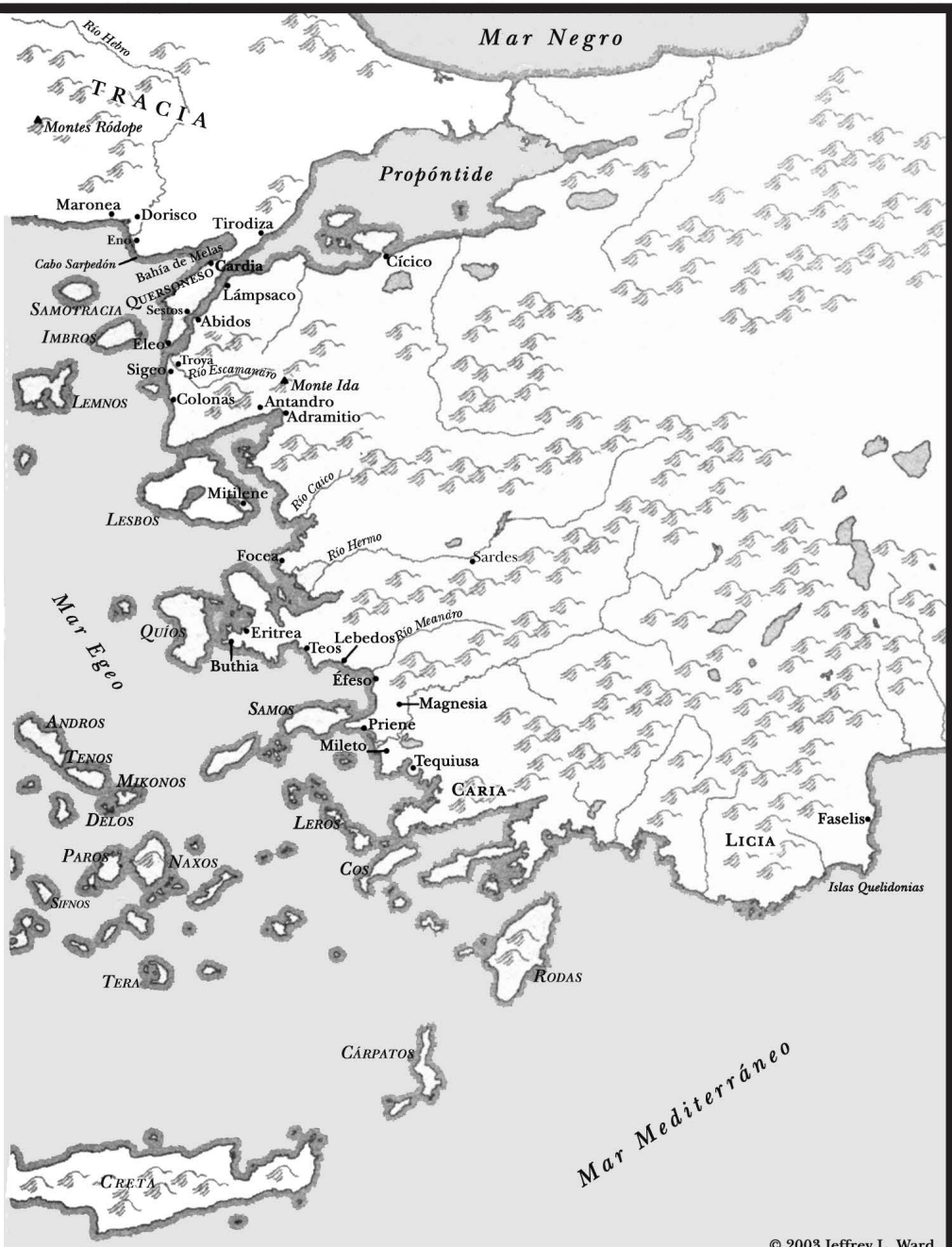
Introducción . . . . .	13
1. Tucídides, el revisionista . . . . .	37
2. Las causas de la guerra: Corcira . . . . .	51
3. Las causas de la guerra: de Corcira al Decreto de Megara . . . . .	79
4. La estrategia de Pericles . . . . .	99
5. ¿Fue una democracia la Atenas de Pericles? . . . . .	127
6. La victoria casual de Cleón en Pilos. . . . .	147
7. Tucídides y Cleón en Anfípolis . . . . .	177
8. La decisión de emprender una expedición a Sicilia . . . . .	203
9. ¿Quién fue responsable del desastre siciliano? . . . . .	233
Conclusión . . . . .	275
Notas . . . . .	289
Índice onomástico . . . . .	305

En memoria de Adam Parry,  
amigo y gran experto en Tucídides



# GRECIA Y ASIA MENOR OCCIDENTAL





## Introducción

El estudio de Tucídides y su famosa *Historia de la guerra del Peloponeso* nunca ha estado tan vivo y ha sido tan extensivo y tan influyente como en nuestro tiempo. Tucídides afirmaba que su obra estaba predestinada «para siempre» a ser útil para «aquellos hombres que quisiesen ver con claridad lo que ha sucedido y lo que volverá a suceder, con toda humana probabilidad, de la misma forma o de otra similar» (I, 22, 4)<sup>1</sup>. Más de dos mil cuatrocientos años después, líderes políticos y estudiantes de política se acercan a ella justo de esa manera.

Una gran ola de interés en el trabajo de Tucídides surge con la llegada de la guerra fría, cuando la gente veía un parecido impresionante de la larga lucha entre Atenas y Esparta con la competencia entre Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, por una parte, y la Unión Soviética y sus satélites del Pacto de Varsovia, por otra. En 1947, el secretario de Estado norteamericano, George C. Marshall, dijo: «Dudo seriamente que cualquier hombre pueda pensar con pleno conocimiento y con profundas convicciones respecto de algunos asuntos internacionales básicos de hoy en día sin al menos reconsiderar en su mente el período de la guerra del Peloponeso y la caída de Atenas»<sup>2</sup>. Desde entonces, la *Historia* de Tucídides ha tenido una fuerte y continuada influencia en quienes reflexionan sobre las relaciones internacionales y la guerra.

El hundimiento de la Unión Soviética y el final de su enfrentamiento con Estados Unidos no han disminuido el interés en Tucídides o la convicción de que su trabajo puede iluminar nuestra



comprensión de la política y los asuntos exteriores. Seguidores de las escuelas «realista» o «neorrealista» en relaciones internacionales consideran a Tucídides su fundador. Miles de estudiantes universitarios leen su obra todos los años. Su *Historia* es un texto imprescindible en las academias militares y en las escuelas de guerra, y ningún curso de relaciones internacionales o de historia de la guerra es creíble sin ella.

Lo que Tucídides llamaba «la guerra entre los peloponesios y los atenienses», y que nosotros llamamos la primera guerra del Peloponeso, estalló en 431<sup>3</sup>. Los espartanos estaban entonces a la cabeza de la Liga del Peloponeso y eran el primer poder de Grecia. Los Estados que se unieron a la coalición griega para resistir la invasión persa de 480-479 los eligieron para que comandasen sus fuerzas en tierra y mar. Sin embargo, justo antes de la segunda guerra Médica, los atenienses construyeron una gran flota nueva, la mayor de la historia griega. Aquella flota fue el núcleo y el pilar fundamental de la marina griega que aplastó a la flota persa en la batalla de Salamina en 480, y luego otra vez en Mícala un año después. Estas victorias elevaron a Atenas a tal nivel de prestigio que desafiaba la hegemonía de Esparta incluso después de que los espartanos hubiesen conducido a los griegos a la victoria en la decisiva batalla de Platea al mismo tiempo que la de Mícala.

Cuando los persas huyeron de Europa, los espartanos no mostraron interés en liberar las ciudades griegas del mar Egeo y alrededores, aún bajo dominio persa, o en mantener la libertad de las que se habían rebelado. En consecuencia, una alianza voluntaria de Estados griegos invitó a Atenas a encabezar la continuación de la guerra de liberación y venganza contra Persia. «Los atenienses y sus aliados» (los investigadores contemporáneos llaman a esta alianza la Liga de Delos) se convirtieron poco a poco en un imperio bajo mando ateniense cuyo funcionamiento beneficiaba principalmente a Atenas. Con el paso de los años, casi todos los miembros renunciaron a sus flotas y prefirieron hacer un pago en metálico al tesoro común

en vez de aportar sus propios navíos y hombres. Los atenienses usaron el dinero para incrementar el tamaño de su propia fuerza y para pagar a los remeros a fin de que permanecieran en sus puestos ocho meses al año, de forma que la marina ateniense se convirtió con creces en la mayor y mejor flota griega nunca conocida. En vísperas de la guerra del Peloponeso, de unos 150 miembros de la liga sólo dos islas, Lesbos y Quíos, tenían sus propias flotas y disfrutaban de cierta autonomía, aunque incluso ellas era improbable que desafiaran órdenes atenienses.

Mientras la Liga de Delos crecía en tamaño y poder, algunos espartanos sintieron envidia, sospechas y temor del desafío ateniense a su supremacía. Unas disputas en la década de 460 llevaron a la primera guerra del Peloponeso, que comenzó en torno a 460 y duró, de manera esporádica, hasta 445. Llegó a su fin con la Paz de los Treinta Años, en la que cada bando reconoció la hegemonía del otro en su propio terreno y cada uno de ellos acordó someter cualquier futuro desacuerdo a un arbitraje vinculante.

La paz duró mucho más de una década, pero una serie de conflictos entre Atenas, por un lado, y Esparta y varios de sus aliados, por otro, condujo al final a la gran guerra. En el invierno de 432-431, Tebas, aliado de Esparta, atacó Platea, aliado de Atenas. En primavera un enorme ejército peloponesio invadió el Ática y cortó parte del grano, las viñas y los olivos de los atenienses, además de destruir algunas de sus granjas y casas de campo. Ésta fue la primera de las devastaciones anuales llevadas a cabo durante los primeros años de la guerra de los Diez Años, que los antiguos llamaron guerra Arquidámica por el rey espartano que dirigió las primeras invasiones.

Pericles, gobernante de Atenas, optó por una estrategia de evitar batallas en tierra, lanzar ataques de comandos por todo el Peloponeso y esperar hasta que los espartanos advirtieran que no tenían estrategia victoriosa propia, conclusión, pensaba él, a la que llegarían en un año o dos o tres. Su tarea más difícil fue contener a los mu-

chos atenienses que querían ir a luchar. En 430, sin embargo, se extendió una terrible epidemia que causó terribles desastres físicos, sociales y psicológicos. Los oponentes políticos de Pericles convencieron a los atenienses para pedir la paz a los espartanos, expulsar a Pericles de su cargo y sancionarlo con una gravosa multa. Pero el enemigo rechazó cualquier condición aceptable y la guerra continuó. Sin contar ya con la opción de la paz, los atenienses reeligieron a Pericles y prosiguieron su política. Él mismo contrajo la epidemia y, en otoño de 429, murió.

En 428 la situación de Atenas empeoró. La mayor ciudad de la isla de Lesbos, Mitilene, se rebeló contra los atenienses y despertó el temor a una revuelta general en el imperio. Para entonces el tesoro de los atenienses estaba casi agotado, así que por primera vez establecieron un impuesto directo a los ciudadanos para pagar el coste inmediato de la guerra. Hasta el verano siguiente no se consiguió aplastar la rebelión. Presa del pánico y la furia, la asamblea ateniense votó a favor de matar a todos los hombres de Mitilene y de vender como esclavos a sus mujeres y niños. Los atenienses cambiaron de idea de la noche a la mañana y decidieron matar sólo a los hombres considerados los instigadores de la rebelión. Resultó que éstos sumaban cerca de mil en total, una décima parte quizá de la población masculina. Los espartanos copiaron enseguida tales atrocidades al matar a toda la guarnición que quedaba en Platea después de que se rindiera.

Tras la muerte de Pericles no surgió ningún líder dominante que mantuviese a los atenienses en una política congruente. Dos facciones rivalizaban por tener influencia: una, dirigida por Nicias, quería continuar con la postura defensiva, mientras que la otra, encabezada por Cleón, prefería una estrategia más agresiva. En 425, la segunda facción fue capaz de conseguir una victoria en Pilos que cambió el curso de la guerra. Cuatrocientos espartanos se rindieron al final de la batalla y Esparta ofreció la paz de inmediato para conseguir su regreso. La gran victoria y el prestigio que supuso para Ate-

nas aseguraron la recaudación del tributo imperial, sin el cual Atenas no podría seguir luchando. Los atenienses, sin embargo, querían continuar la ofensiva, pues la oferta de paz espartana no suponía una garantía adecuada de seguridad para Atenas.

En 424, los atenienses adoptaron una política más agresiva y buscaron asegurar Atenas conquistando Megara y Beocia. Ambos intentos fracasaron y la derrota ayudó a desacreditar a la facción combativa, lo cual llevó a un armisticio en 423. Mientras tanto, el general más capaz de Esparta, Brásidas, condujo un pequeño ejército a Tracia y a Macedonia y capturó Anfípolis, la colonia ateniense más importante de la región. Tucídides estaba al mando de la flota ateniense en aquellas aguas y fue considerado responsable de la pérdida de la ciudad. Fue desterrado y de este modo se le dieron el tiempo y la oportunidad de escribir su famosa historia de la gran guerra peloponesia. En 422 Cleón comandó una expedición para destruir la obra de Brásidas. En Anfípolis, ambos generales murieron en batalla. La eliminación de estos líderes de las facciones agresivas de sus respectivas ciudades abrió el camino para la Paz de Nicias, llamada así por su principal negociador, que fue ratificada en la primavera de 421.

La paz, que oficialmente se pretendía que durase cincuenta años y, con un par de excepciones, garantizase el statu quo, fue en realidad frágil. Ningún bando cumplió todos sus compromisos y varios aliados de Esparta rechazaron su ratificación. En 415 Alcibíades convenció a los atenienses para atacar Sicilia a fin de someterla al control de Atenas. Este ambicioso e innecesario proyecto terminó en un desastre en 413, cuando la expedición al completo fue destruida. Los atenienses perdieron unos doscientos barcos, a cerca de cuatro mil quinientos de sus propios hombres y casi diez veces esa cantidad de los de sus aliados. La derrota socavó el prestigio de Atenas, redujo su poder, originó rebeliones e introdujo la riqueza y el poder de Persia en la guerra del lado de Esparta. Sorprendentemente, los atenienses siguieron luchando a pesar del de-

sastre, sobrevivieron a un breve golpe de Estado oligárquico en 411 y obtuvieron varias victorias importantes en el mar cuando la guerra se trasladó al Egeo. Pero en el momento en que sus aliados se rebelaron y Persia pagó las flotas para apoyarlos, los recursos financieros atenienses menguaron y, al final, desaparecieron. Cuando su flota fue sorprendida con la guardia baja y fue destruida en Egospótamos en 405, Atenas ya no pudo construir otra. Los espartanos, bajo el mando de Lisandro, un general agudo y ambicioso que fue el responsable de obtener el apoyo persa, cortaron el suministro de alimentos a través del Helesponto y forzaron la sumisión de los atenienses por el hambre. En 404, éstos se rindieron sin condiciones; dismantelaron las murallas de la ciudad, renunciaron a su flota y perdieron su imperio. Dado que Tucídides nunca concluyó su *Historia*, fue responsabilidad principal de Jenofonte describir los últimos años de la guerra y la rendición ateniense: «Lisandro atacó El Pireo, los exiliados regresaron y, con gran entusiasmo, los peloponesios empezaron a derribar las murallas al son de la música de las flautistas, creyendo que aquel día era el comienzo de la libertad para Grecia»<sup>4</sup>.

★ ★ ★

Tucídides no fue el primero en escribir historia. Los griegos creían que los poemas épicos de Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*, si bien estaban compuestos en verso y llenos de personajes divinos y mitológicos, presentaban sin embargo acontecimientos reales y gente del pasado lejano. Incluso el realista Tucídides los usó como testimonio de la historia temprana de los griegos. No obstante, en el siglo VI surgió una nueva forma de pensar entre las ciudades griegas de Jonia, en la costa occidental de Asia Menor, y especialmente en Mileto. No es mucho decir que el nuevo enfoque sustituía el pensamiento racional e incluso el científico por el mito como un medio de entender y explicar el mundo y el universo.

Esta revolución intelectual tuvo lugar entre la época del poeta Hesíodo, que describió gran parte de la mitología griega alrededor de 700, y la de Hecateo de Mileto, unos dos siglos más tarde. A diferencia de pensadores milesios anteriores, que especulaban sobre cuestiones filosófico-científicas como la naturaleza y la composición del universo, Hecateo se interesó por asuntos más tangibles. Elaboró el primer mapa del que tenemos conocimiento, una «descripción de la tierra». Investigó también las experiencias pasadas de los seres humanos en forma de *Genealogías*, en las que aplicó la razón a los mitos heroicos del pasado. Aplicó el juicio crítico a las historias de familias nobles que decían descender de los dioses. Empezó sus *Genealogías* con un desafío a la tradición: «Yo, Hecateo, diré lo que pienso que es la verdad; las historias de los griegos son muchas y ridículas». Aquello no lo condujo a inventar cualquier historia que le gustase o a desesperrarse de encontrar la verdad, sino más bien a preguntar e investigar y a la búsqueda razonada de conocimiento y comprensión precisos, es decir, hacia la historia.

No es Hecateo, sin embargo, a quien llamamos padre de la historia, sino a Heródoto, nacido en Halicarnaso —una ciudad griega de la misma orilla egea del Asia Menor que Mileto— alrededor de 484, entre la batalla de Maratón, en 490, y la gran invasión persa de 480. Murió hacia 425, varios años después del inicio de la guerra del Peloponeso. Heródoto no escribió sobre su propio tiempo como Tucídides, sino que se apoyó principalmente en lo que le contaron de épocas anteriores. Pero, mientras que Hecateo parece haberse limitado a la comparación y la crítica racional de lo que se consideraba conocido, Heródoto, en su esfuerzo por preservar valiosos recuerdos de grandes hazañas del pasado, emprendió nuevas indagaciones, y viajó incluso a países extranjeros para reunir pruebas relevantes. Sus intentos de preservar tradiciones y de descubrir nuevos hechos exigían un método innovador que requería no sólo la comparación racional de probabilidades, sino también la evaluación de la veracidad de las pruebas.

No obstante, Heródoto no gozó de reputación por su precisión, honestidad y objetividad entre los escritores antiguos. Éstos señalaron inexactitudes en los hechos y muchos lo llamaron mentiroso redomado, mientras que Plutarco escribió un ensayo sobre su «malignidad» acusándolo de falta de patriotismo y parcialidad a favor de Atenas. De hecho se dice que el «padre de la historia» leía su obra en representaciones públicas, como la poesía épica, para deleite de su público. Con su estilo sinuoso, lleno de discursos secundarios acerca de las costumbres y los hábitos de diferentes pueblos, y sus graves reflexiones sobre el papel causal de los dioses en los asuntos humanos, entretenía a su auditorio, pero no se convirtió en modelo de lo que se consideraba que era la mejor escritura histórica del mundo antiguo.

Fue más bien Tucídides quien influyó más a los escritores antiguos de historia más destacados. Él abordó la materia de una manera muy diferente. Sin nombrar directamente al historiador de las guerras Médicas, Tucídides corrigió algunos hechos erróneos de Heródoto, y lo despachó como alguien que escribió «un ensayo de primera para escuchar en el momento» en comparación con su propio esfuerzo, más serio, destinado a durar «para siempre» (1, 22, 4).

¿Quién fue este Tucídides y cuál fue la naturaleza de su trabajo, que sigue interesándonos e influyéndonos más de dos mil cuatrocientos años después de su creación? Fue un aristócrata ateniense de la más azul de las sangres y con una riqueza considerable que alcanzó la mayoría de edad en el grandioso apogeo de la Atenas de Pericles. Nacido entre 460 y 455, sólo tenía veinte años cuando estalló la gran guerra del Peloponeso, y murió no muchos años después del final de la contienda, sin haber terminado su gran obra. Su padre, Óloro, no tenía nombre ateniense, sino tracio. Era el mismo nombre que el del abuelo de Cimón, el gran general y estadista que dominó la vida pública ateniense durante las dos décadas posteriores a la invasión persa. Casi con seguridad, Tucídides estaba emparentado con Cimón y también con otro Tucídides, el hijo de Me-

lesias, que fue el oponente político más peligroso de Pericles en la década de 440. Como ha explicado un investigador, «nacido dentro de la oposición anti-Pericles, siguió a éste con el celo de un converso»<sup>5</sup>.

Tucídides se cuida de hacernos saber que era lo bastante mayor como para apreciar la seriedad de su tarea: «Viví toda la guerra teniendo ya suficiente edad para entender los acontecimientos, y apliqué la mente a ellos para así verlos con exactitud» (V, 26, 5). Estuvo en Atenas desde el principio de la guerra hasta su exilio en 424 y sin duda participó en alguna de las campañas de aquellos años y contrajo la gran epidemia que asoló Atenas entre 430 y 427. Tuvo la suerte de sobrevivir, dado que el contagio mató a cerca de un tercio de la población, y empleó su propia experiencia para ofrecer un relato detallado de sus síntomas y sus devastadores efectos, aunque sigue siendo un misterio qué enfermedad era exactamente. En 424 fue elegido general, uno de los diez hombres que prestaban servicio como destacados líderes militares y políticos de Atenas. Comandó la fuerza naval en la zona tracia, cuya ciudad principal era la colonia ateniense de Anfípolis, lugar de gran importancia económica y estratégica. Quizá recibiese ese nombramiento por sus conexiones en la zona: nos cuenta que allí controlaba las minas de oro y «tenía una gran influencia entre los hombres importantes» de la región (IV, 105, 1). Cuando el notable general espartano Brásidas tomó la ciudad por sorpresa, los atenienses hicieron a Tucídides responsable de su derrota y lo condenaron por traición y lo enviaron al exilio durante los veinte años que quedaban de guerra. Este gran infortunio tuvo sus ventajas, en especial para nosotros, sus lectores, porque le permitió «conocer lo que se estaba haciendo en ambos bandos, sobre todo en el peloponesio, a causa de mi exilio, y este tiempo libre me permitió alcanzar un mejor entendimiento del rumbo de los acontecimientos» (V, 26, 5-6).

Comprender las ideas de Tucídides en *La guerra del Peloponeso* no es fácil. No escribió un tratado filosófico o político en el que



presentar sus puntos de vista y sus argumentos, sino más bien una historia que apuntaba a la más alta objetividad posible, aferrándose con tesón a su tema y evitando las digresiones casi por completo. Hace importantes afirmaciones directas de su opinión y éstas forman la base más sólida para entender su pensamiento. Algunas de ellas tratan acerca de su método de investigación y otras de su visión de los procedimientos generales de la vida política.

Para sopesar las ideas incorporadas a su trabajo es útil e interesante comparar a Tucídides con su gran predecesor Heródoto. La notable diferencia entre las mentes de los dos historiadores resulta llamativa de inmediato. En contraste con Heródoto, cuyo racionalismo no desafía su piedad tradicional, Tucídides parece haber dado un paso espectacular en la modernidad. Ni aceptaba ni racionalizaba los mitos, sino que los ignoraba o los analizaba desapasionadamente. No buscaba explicaciones para el comportamiento humano en la voluntad de los dioses, a veces ni siquiera en la de los individuos, sino en un análisis general de la conducta de los hombres en sociedad. Tucídides, sin embargo, no fue un joven que apareció en escena milagrosamente y sin explicación. Representaba la culminación de un crecimiento de fuerzas intelectuales del siglo v que llegaron a ejercer una importante influencia en la vida griega y que en conjunto son llamadas a veces «la ilustración griega».

Dos elementos de esa ilustración parecen haber afectado al pensamiento de Tucídides con fuerza excepcional: el movimiento sofista y la escuela de escritores médicos agrupados en torno a Hipócrates de Cos. De maneras diferentes, cada uno de ellos era una rama del árbol de la investigación racional del universo que tenía sus raíces en las ciudades griegas del Asia Menor en el siglo vi. Tales, Anaximandro, Anaxímenes y sus sucesores discrepaban de pensadores previos en cuanto a la naturaleza del mundo y su origen en que sus teorías eran completamente naturalistas. Tales, por ejemplo, proponía una narración de los orígenes de la tierra en la que todo se desarrollaba de modo natural, sin intervención divina, a

partir de un agua primigenia, en un proceso como el de la sedimentación del Nilo.

Esta tradición de teorización naturalista trajo al mundo la ciencia y la filosofía. Estas disciplinas eran indistinguibles en sus concepciones tempranas del mundo físico, pero hacia el siglo v la especulación acerca del universo físico parecía haber llegado tan lejos como era posible. Lo que permanecía vivo y potente era el espíritu de indagación a la manera naturalista, y el sentir de la nueva época era que la materia de estudio adecuada para el hombre era el hombre. Los sofistas se interesaron a fondo por el papel del hombre en la sociedad; la escuela hipocrática de medicina se ocupó de la investigación de su bienestar físico. Ambos continuaron evitando las explicaciones no racionales o sobrenaturales y buscando un entendimiento del hombre solo en referencia a su propia naturaleza.

A este respecto, los sofistas, por otra parte muy diferentes unos de otros en doctrina y método, pueden ser vistos como si formaran un punto de vista unificado. Todos ellos tenían en común el escepticismo hacia la tradición, ya fuese ésta religiosa, política o social, y el deseo de descubrir las formas de la naturaleza, en particular de la naturaleza humana. Su escepticismo es el elemento mejor conocido de su pensamiento y su acercamiento agnóstico a los dioses fue especialmente infame para sus contemporáneos. Ya en el siglo vi, Jenófanes de Colofón había expresado tendencias agnósticas implícitas en sus predecesores jonios cuando señaló que los hombres piensan que los dioses nacen, tienen ropas, voces y cuerpos como ellos mismos; si bueyes, caballos y leones tuviesen manos y pudiesen pintar como los hombres, argumentaba, asimismo pintarían dioses con su misma imagen: los bueyes pintarían dioses parecidos a bueyes y los caballos, parecidos a caballos. Los negros creían en dioses de nariz chata y rostro negro, y los tracios en dioses con ojos azules y pelirrojos<sup>6</sup>. Una postura similar fue expresada en pocas palabras por Protágoras: «Acercas de los dioses, no puedo tener conocimiento ni

de si existen ni de si no existen ni de cuál es su naturaleza, pues hay muchas cosas que nos impiden saberlo: lo incierto del asunto y el hecho de que la vida del hombre es breve»<sup>7</sup>. Protágoras no niega la existencia de los dioses, pero está claro que es tal la incertidumbre que los rodea que dar cualquier explicación sobre acontecimientos dependientes de ellos es bastante absurdo.

Este mismo racionalismo escéptico es un componente básico del pensamiento hipocrático<sup>8</sup>. Uno de los hipocráticos, por ejemplo, escribía lo siguiente sobre la misteriosa enfermedad de la epilepsia: «Me parece que la enfermedad no es más divina que cualquier otra. Tiene una causa natural, igual que la tienen otras enfermedades. Los hombres la creen divina simplemente porque no la entienden. Pero si llaman divino a todo aquello que no entienden, eso supondría que habría infinitas cosas divinas»<sup>9</sup>. Además los hipocráticos avanzaban a tientas hacia una concepción más nítida del método científico. Al discutir el tratamiento de enfermedades internas, un escritor lidia con el correcto uso de la deducción ahí donde los hechos no van a ser captados por los sentidos:

Desde luego ningún hombre que vea únicamente con sus ojos puede saber nada de lo que se ha descrito aquí. Por ello, he llamado oscuros a estos puntos, que han sido juzgados igual por el arte. Su oscuridad, sin embargo, no significa que estén más allá de nuestro dominio, sino que han sido controlados dentro de lo posible; esta posibilidad está limitada sólo por la capacidad del enfermo de poder ser examinado y de los investigadores de llevar adelante su investigación. En realidad, para conocerlos se precisan muchos más esfuerzos y mucho más tiempo que si se vieran con los ojos; porque lo que escapa a la vista es dominado con el ojo de la inteligencia, y los sufrimientos de los pacientes por no haber sido observados con rapidez son culpa no de quienes los atienden, sino de la naturaleza del paciente y de la enfermedad. A decir verdad, el médico que no pu-

diera ver el problema con los ojos o saber de él por los oídos intenta llegar a él por el razonamiento<sup>10</sup>.

El campo de las investigaciones de Tucídides no era la naturaleza del universo físico, sino la sociedad humana que vive en la polis. La política en su sentido más amplio —la búsqueda de una comprensión del comportamiento del hombre en sociedad— era su interés insuperable. En esto discrepaba de los teóricos físicos, sofistas e hipocráticos, pero sus ideas le influyeron y ayudaron a dar forma a su propio pensamiento. Igual que todos ellos, él empezó con la observación de fenómenos y continuó diferenciando y describiendo los patrones racionales que surgían de ellos. Sus datos fueron las acciones históricas de hombres del pasado, tanto lejano como reciente. Cuando se repetían de modo suficiente y eran captadas de manera adecuada, daban lugar a normas generales de comportamiento humano que podrían resultar útiles para los hombres en un futuro. El investigador del comportamiento social —esto es, el historiador— tiene una doble responsabilidad: primero, buscar con diligencia y precisión la verdad sobre lo que ha sucedido y después interpretar los acontecimientos con prudencia y comprensión, y de esta manera hacer una contribución permanente. Determinar los hechos (*ta erga*) era de vital importancia, pero en última instancia quedaba subordinado a la formulación de interpretaciones (*logoi*) que derivaban de ellos. A algunos les parecía que estas interpretaciones eran para el estudio de la sociedad humana, lo mismo que los hipocráticos estaban intentando hacer para la medicina: al igual que en la medicina fueron necesarias ciertas formulaciones para que la ciencia médica dejase de ser simple empirismo, un sistema comparable de tales clasificaciones elevaría la historia del nivel de mera crónica, forma característica de los analistas. Evaluar una serie de síntomas para llegar a una descripción general de una dolencia y penetrar, si entonces es posible, en su verdadera clasificación es el procedimiento por el que aboga Hipócrates, designado por él con la palabras *semiología* y *prognosis*. Era éste el

mismo proceso que Tucídides intentaba aplicar a la historia, que así se convierte para él en la semiología y la prognosis de la vida humana<sup>11</sup>.

Tucídides era más y menos que un científico de cualquier disciplina concreta, pero quien lea el relato del historiador de la gran epidemia que asoló Atenas en 430 no podrá evitar reconocer su deuda con los hipocráticos. Puesto que él mismo se contagió de la enfermedad, da una descripción detallada y precisa de sus síntomas y evolución para que «pueda así quizá ser reconocida por el estudioso, si es que volviese a brotar» (II, 48, 3). La implicación evidente es que una narración rigurosa podría usarse en el futuro para ayudar a detener el avance de la enfermedad o, al menos, a fin de prepararse para tratar sus síntomas.

Pero, como Tucídides es un observador de la sociedad, su descripción de la epidemia incluye más cosas aparte de sus consecuencias físicas. Consideraba que el efecto de una conmoción tan grande en la moral de una sociedad era del mayor interés. Cuando la muerte y la desesperación debilitaban la fibra moral de la comunidad, las limitaciones religiosas y legales normales a las acciones de los hombres dejaron de funcionar y los atenienses se entregaron a un hedonismo sin ley que bien puede haber sido tan dañino como el propio sufrimiento físico. Por tanto, un relato histórico de la epidemia es no sólo una digresión útil y humana, sino un componente necesario de los *erga* que ayudará a explicar el desenlace de la guerra.

Tucídides asume de nuevo el papel de diagnosticador de los males de la sociedad en su narración de la guerra civil que estalló en Corcira en 428, suceso que fue un excelente paradigma de guerra de clases, fomentada e intensificada por las condiciones de la coyuntura bélica. Los oligarcas intentaron granjearse la ayuda de los peloponesios; los demócratas imperantes utilizaron la ayuda ateniense para destruir a sus enemigos y atrincherarse en el poder. El miedo y el odio llevaron a ambos bandos a tomar medidas cada vez más

extremas cuando las consideraciones partidistas cedieron terreno a las *vendettas* personales. Tucídides describe lo acaecido en Corcira con cuidadoso detalle porque quiere que sirva como modelo para conflictos similares en un futuro: «Tiempo después, podría decirse que todo el mundo helénico estaba conmocionado, y por todas partes los cabecillas populares se esforzaban para traer a los atenienses, y los oligarcas para hacer entrar a los lacedemonios» (III, 82, 1).

Con todo, la minuciosa descripción y el análisis de la revolución de Corcira no sólo arroja luz sobre el futuro curso de la guerra del Peloponeso. La comprensión apropiada de estos sucesos puede fomentar un mejor entendimiento de toda la historia humana. Las revoluciones que trastornaron Grecia durante la guerra trajeron consigo terribles calamidades, «tal como ha ocurrido en el pasado y ocurrirá siempre en tanto la naturaleza de la humanidad continúe siendo la misma, si bien en una forma más grave o en una más leve y cambiando en sus síntomas, según la diversidad de los casos particulares» (III, 82, 2).

En este examen y análisis de la política inventado por él, Tucídides introdujo las herramientas proporcionadas por los sofistas así como las de los hipocráticos. Una de las ideas características del movimiento sofista era la distinción entre dos elementos que determinaban el comportamiento humano en sociedad: *physis* ('naturaleza') y *nomos* ('costumbre' o 'ley'). Desde el punto de vista de los sofistas, *physis* representa la inclinación innata del hombre a satisfacer sus deseos, mientras que *nomos* es el recurso artificial por el cual la sociedad se protege a sí misma contra los impulsos antisociales de la *physis* del hombre. La sociedad griega se asentaba en la aceptación común del *nomos* como algo sagrado, y el radicalismo de los sofistas residía en gran medida en su actitud escéptica al respecto. Tucídides no adoptó la iconoclasia extrema de algunos sofistas, pero sí halló que la distinción entre *physis* y *nomos* era una herramienta útil en su propio pensamiento. ¿Cómo si no vamos a entender las espantosas atrocidades cometidas por los hombres en tiempos de guerra civil?

¿Cómo podemos explicar la transformación de ciudadanos por lo común temerosos de la ley en bestias voraces movidas por pasiones incontrolables? «En medio de la confusión a la que ahora ha sido arrojada la vida en las ciudades, la naturaleza humana [*hê anthropeia physis*], siempre en rebelión contra la ley y ahora su amo, con orgullo se muestra a sí misma sin gobierno en sus pasiones, por encima del respeto a la justicia y enemiga de toda superioridad» (III, 84, 2).

Este pasaje es un espléndido ejemplo del método de Tucídides. Presupone la esencialmente uniforme naturaleza del hombre (en este caso, su envidia y desconfianza de toda distinción y supremacía). En condiciones normales, la costumbre y la ley la controlan, pero cuando las circunstancias —en este caso, un estado de guerra prolongado— lo permiten, esos vínculos artificiales se disuelven y los hombres regresan a su estado natural. Un diagnóstico analítico adecuado puede anticipar el surgimiento y el desarrollo de un comportamiento semejante de la misma manera que un médico familiarizado con una serie concreta de síntomas puede predecir con alta probabilidad el progreso de la enfermedad asociada, puesto que conoce su naturaleza a grandes rasgos y su curso natural.

Los dioses y otras fuerzas sobrenaturales no pueden tomar parte en esta percepción de la naturaleza humana, y la historia excluye con rigor toda participación sobrenatural en los asuntos humanos. Aunque Tucídides sí menciona el aumento de la incredulidad como una fuerza perturbadora de la sociedad griega y alaba la devoción de Nicias, como señala John Finley, «simplemente no creía que los dioses intervinieran en el ejercicio de las fuerzas políticas que él consideraba clave para la historia»<sup>12</sup>.

Con semejante austeridad y un enfoque tan cercano a los métodos de las ciencias naturales podría parecer que Tucídides se expone a la acusación de ser demasiado científico y, por lo tanto, antihistórico. Resulta, sin embargo, erróneo insinuar que a Tucídides le importaba poco el poder de acontecimientos concretos; su propia fidelidad al ideal hipocrático exige un interés premeditado en los

sucesos específicos que, como un todo, constituyen el objeto de su estudio. Es más, ningún lector del magnífico y conmovedor relato de Tucídides sobre la campaña siciliana, desde su optimista estado de planificación hasta su trágico final, puede dudar de su genio narrativo o de su amor de historiador por los detalles vivaces de los propios acontecimientos. Más aún, es un error desaprobar a Tucídides por intentar encontrar pautas en la historia. A su manera, Heródoto hacía lo mismo, de ahí que se ganara el título de «padre de la historia», pues concentrarse total y exclusivamente «en los propios acontecimientos» no es ser un historiador, sino un cronista. Ciertamente es que los patrones que Heródoto acostumbraba a distinguir eran morales y religiosos, a diferencia de los observados por Tucídides, principalmente sociales y políticos, pero también es engañoso ver el intento de Tucídides de establecer un riguroso estudio empírico de la política como la búsqueda de «alguna verdad inmutable y eterna»<sup>13</sup>. Él sólo buscaba el grado de certidumbre y coherencia posibles en el estudio de sucesos de la sociedad humana, no de elementos de la naturaleza.

Las exposiciones de Tucídides evidencian que su comprensión de los acontecimientos humanos nada tiene que ver con leyes como las de la física o con las verdades «absolutas» de tipo filosófico. La perspectiva de Tucídides sobre el análisis político no implica ninguna inquebrantable cadena de determinismo y, de hecho, toma verdaderamente en cuenta lo incomprensible. En varios puntos cruciales de su historia, explica importantes acontecimientos atribuyéndolos a *tyché*, el azar. Fue el azar lo que condujo a la fortificación ateniense de Pilos, punto de inflexión vital en la guerra (IV, 3, 1), y fue el azar lo que generó un eclipse e impidió que los atenienses escaparan de Siracusa (VII, 50, 4) y ayudó a provocar el terrible desastre siciliano. Sin embargo, tales casos no son pruebas de la creencia del historiador en la irracionalidad esencial del mundo. Al contrario, Tucídides creía que el mundo estaba sujeto al análisis razonado, cuando no a una certeza absoluta o científica, y que los individuos inte-



ligentes con dones inusuales podían, mediante un estudio cuidadoso y sistemático del comportamiento humano, hacer estimaciones buenas y útiles de las probables reacciones de la gente, en especial en bloque.

La idea de Tucídides sobre el estudio del comportamiento político difiere, de una manera incluso más fundamental, del determinismo que se consideraba fundamento de las ciencias físicas. Pone mucho énfasis en el papel del individuo en la historia y en su capacidad de cambiar su curso. El aspecto didáctico de su trabajo —la intención de identificar patrones subyacentes— aspira a proporcionar al individuo perspicaz un entendimiento (*gnómê*) con el que ver el curso de los acontecimientos políticos y controlarlos. Y, a juicio de Tucídides, algunos líderes políticos poseían este talento. Temístocles, por ejemplo, «fue el mejor juez de lo que iba a suceder y el más sabio a la hora de prever lo que ocurriría en un futuro lejano» y pudo «predecir de manera excelente aquello que, mejor o peor, acechaba en el futuro imprevisto». En consecuencia, «superaba a todos los demás por su facultad de localizar intuitivamente las emergencias» (I, 138, 3).

Más clara aún es la convicción de Tucídides de que el curso de la guerra se veía afectado por los talentos únicos de Pericles, que incluían la prudencia, el patriotismo y la incorruptibilidad (II, 60, 5): «El tiempo que se mantuvo a la cabeza del estado en época de paz, siguió una política moderada y precavida, y durante su mandato el Estado alcanzó la cima de su grandeza» (II, 65, 5). Por desgracia lo sucedieron hombres carentes de sus talentos y apartados de sus sabias medidas políticas. «Y con todo», dice Tucídides,

tras perder la mayoría de su flota y el resto de sus otras fuerzas en Sicilia, con la revolución casi a punto de estallar en Atenas, aun así aguantaron diez años contra sus enemigos iniciales, contando entonces con los sicilianos en su bando y enfrentados a sus propios aliados, rebelados en su mayoría, y contra Ciro, hijo

del rey de Persia, que después se uniría al otro bando y daría a los peloponesios dinero para su flota. Y no se rindieron hasta destruirse a sí mismos por sus propios conflictos internos. Tan inmensamente grandes eran los recursos con que contaba Pericles en aquella época que preveía para los atenienses una fácil victoria sobre los peloponesios. (II, 65, 12-13)

No puede haber una aprobación más clara de la idea de que los hombres sabios pueden hacer planes de futuro certeros y bien fundamentados. Al mismo tiempo, Tucídides evidencia que hasta los mejores planes pueden echarse a perder cuando se enfrentan a acciones y acontecimientos imprevistos, refutación efectiva frente a la acusación de determinismo científico. De la misma manera, estos ejemplos niegan interpretaciones más recientes que insinúan que Tucídides no esperaba que su obra tuviese un uso práctico o que incluso la emprendió para demostrar la futilidad de dicho esfuerzo.

Es precisamente esta esperanza de que hombres notables comprenderán la utilidad de su relato en un futuro lo que explica su extraordinario énfasis en la precisión del trabajo del historiador. Aparte de las escasas declaraciones directas que cita en *La guerra del Peloponeso*, las opiniones de Tucídides pueden buscarse en los discursos que pone en boca de sus personajes. Así lo explica: «En todos los casos fue difícil trasladarlos palabra por palabra en mi propia memoria, así ha sido mi costumbre hacer decir a los oradores lo que, en mi opinión, se exigía de ellos en las diferentes ocasiones, por supuesto, ciñéndome tan rigurosamente como fue posible al sentido general de lo que dijeron en realidad» (I, 22, 1).

Pero, lejos de resolver la cuestión, la explicación que da Tucídides de su método ha dado lugar a cualquier tipo de interpretación concebible. A mi parecer, sean cuales sean los matices que quisiera dar a su compleja declaración y sea cual sea la ambigüedad de la primera cláusula y su relación con la última, la claridad de su determinación no puede ser ignorada: «ciñéndome tan rigurosamente

como fue posible al sentido general de lo que en realidad dijeron». Esto representa una declaración de estar dando cuenta de discursos que fueron pronunciados realmente, no inventados por el historiador, y de la intención de dejar constancia de ellos de forma tan exacta como fuera posible. Si era otro el plan de Tucídides —si inventaba discursos o introducía sus propias ideas en vez de intentar relatar los argumentos empleados por el orador del modo en que los expresaba—, en ese caso ha mentado a sus lectores. Y, si no se puede confiar en él en cuanto a esta afirmación, puede ser considerado tan engañoso y de poca confianza en sus relatos de otros hechos, pues un discurso pronunciado no deja de ser un hecho, igual que lo es una ciudad atacada. Su adhesión al objetivo de la exactitud en el relato de los discursos no es menos vinculante que su afirmación de hacer los mayores esfuerzos en el descubrimiento del verdadero carácter de los acontecimientos que describe. Puesto que pocos han dudado de él en este último caso, no hay razón para dudar del primero.

Aquí se asume que Tucídides quería decir con exactitud lo que dijo de forma más que evidente; por lo tanto, aquellos discursos que es probable que él mismo haya escuchado deberían tomarse como relatos razonablemente precisos de las ideas del orador. En consecuencia, consideramos que todos los discursos de Pericles presentan de manera fidedigna las ideas del orador, no las del historiador. Los discursos que Tucídides no pudo haber escuchado o aquellos acerca de los cuales ni siquiera es probable que hubiese recibido una información veraz (si es que, de hecho, hay alguno) pueden interpretarse como expresión de sus propias ideas<sup>14</sup>. Los discursos que el historiador puede o no haber escuchado o de los que recibió buena información se examinarán uno a uno y se contrastarán con los cánones fundamentados en pruebas más fiables.

Sin embargo, la cuestión más importante respecto a los discursos de Tucídides es la de su selección. De los centenares de discursos pronunciados de los que Tucídides tuvo conocimiento, ¿por qué escogió informar sobre unos y no acerca de otros? Cualquier intento de com-

prender qué función cumple cada discurso en la *Historia* probablemente revelará mucho sobre las ideas e intenciones de Tucídides, con independencia de la manida cuestión de su autenticidad.

Tras explicar el método de descripción de los discursos que relata, Tucídides cuenta al lector los serios esfuerzos que hizo para desentrañar los aspectos particulares de la guerra:

Pero, en cuanto a los hechos de los acontecimientos de la guerra, he considerado apropiado plasmarlos por escrito, no como llegaban por casualidad a mis oídos ni de acuerdo con mis propias inclinaciones, sino sólo después de investigar cada uno con la mayor exactitud posible en cuanto a los acontecimientos en los que yo mismo estuve presente y aquellos acerca de los que fui informado por otros. Y el esfuerzo para descubrir la verdad sobre estos hechos fue muy duro trabajo, porque quienes fueron testigos de lo acaecido no rendían los mismos informes sobre las mismas cosas, sino que cada informe difería del otro por la parcialidad hacia uno u otro lado, o por causa de una memoria imperfecta.

Quizá mi relato resulte menos grato a quienes lo escuchen por su carencia de cuentos fabulosos, pero si es juzgado provechoso por quienes buscan un conocimiento exacto del pasado a modo de ayuda para la interpretación del futuro, el cual debe verse en el curso de las cosas humanas si es que éste no lo refleja, estaré satisfecho. Esta obra ha sido compuesta no como parte de una competición para ser escuchada en el momento, sino para que dure para siempre. (I, 22, 2-4)

Pocos han prestado suficiente atención a que el último párrafo está profundamente ligado al que lo precede y es su complemento necesario, pues explica por qué Tucídides se ha tomado tantísimas molestias para presentar los hechos de su historia de la forma más precisa posible. Sólo entonces pueden servir a su propósito como

material con el que los sabios del futuro pueden estudiar las pautas del comportamiento humano, en especial en situaciones tan apuradas como la guerra, aprender de ellos y, por lo tanto, tomar mejores decisiones. Si los hechos de su relato son incorrectos, lo serán también sus interpretaciones y ninguno servirá para promover la sabiduría política.



Con frecuencia los estudios sobre el pensamiento de Tucídides, sus propósitos, intenciones o métodos lo tratan casi como a una mente incorpórea, no como a un ser humano vivo, que parte de su tiempo y lugar y está influido por ellos y por su propia experiencia en los mismos. Hay que reconocer que la suya fue una mente extraordinaria y original. Tucídides se mantuvo en el límite de la filosofía. Era lo bastante historiador como para sentirse llamado a establecer los detalles, a presentar la información con toda la exactitud de que fue capaz, pero no le preocupaba menos transmitir las verdades generales que había descubierto. No obstante, comprender satisfactoriamente a Tucídides exige una mirada crítica para estudiar al hombre mismo dentro del mundo de la acción, no sólo en el del pensamiento. Debemos recordar que fue contemporáneo de los acontecimientos que describe y participó en algunos de ellos. ¿Cuál era su relación con el mundo en que vivía? ¿En qué medida su comprensión de los acontecimientos concordaba o estaba en desacuerdo con la de sus contemporáneos? ¿Dónde estaba cuando escribía? ¿Entre qué tipo de gente vivía? ¿En qué grado estos factores influían o incluso daban forma a sus puntos de vista?

Más que cualquier historiador de la antigüedad, Tucídides apreciaba por encima de todo la exactitud y la objetividad, pero no debemos olvidar que poseía sentimientos y debilidades humanos. En griego, su estilo es a menudo comprimido y de difícil comprensión, por lo que toda traducción es, por necesidad, una interpretación.